

LA ACÚSTICA PERFECTA

DARIA BIGNARDI

LA ACÚSTICA PERFECTA

Traducción de Mónica Herrero



Bignardi, Daria

La acústica perfecta . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2014.

256 p. ; 22,5x14 cm.

Traducido por: Mónica Herrero

ISBN 978-987-628-344-1

1. Narrativa Italiana. I. Herrero, Mónica, trad. II. Título
CDD 853

Título original: *L'acustica perfetta*

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Primera edición en Argentina: diciembre de 2014

© Copy 2012 Arnoldo Mondadori Editore S.p.A., Milano

© de la traducción Mónica Herrero, 2014

© de la presente edición: Edhasa, 2014

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 50 327 069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-344-1

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por EL ATENEO GRUPO IMPRESOR S. A.

Impreso en Argentina

A Stefania Raya, resplandeciente

I'll find a way to see you again.

Rachael Yanagata

En mi vida amé a una sola mujer: cuando me abandonó, no volví a verla durante dieciséis años.

La noche que la reencontré, llovía. Había velado un cadáver toda la noche y estaba cansado. Si una bandada de golondrinas sobre la pista no hubiera retrasado la partida de mi vuelo, no la habría reencontrado nunca.

Había demasiadas personas esperando un taxi y me tentó aceptar el ofrecimiento de uno de esos choferes sin licencia que abordan a los pasajeros susurrando “taxi a Milán”. Luego me acordé de cuando Massimo había tomado uno de esos autos falsos y se encontró en la autopista perimetral “sentado sobre un asiento desfondado, cubierto de pelo de perro, con un fulano inquietante que me miraba desde el espejo retrovisor: le di el dinero que me pidió sin protestar, temiendo que me golpeará y me arrojara como comida a las Bestias de Satán”.

Para él, los peninsulares somos todos inquietantes.

Yo regresaba del funeral de su padre: había muerto de un infarto dos días atrás, en una obra en Porto Torres.

Después de la pausa del mediodía había desaparecido: sus obreros lo habían buscado durante toda la tarde hasta que uno entró en el baño químico y lo vio tumbado en el suelo. Tenía cincuenta y tres años. Cuando Massimo me lo dijo al teléfono, no pude menos que imaginarme ese retrete angosto y preguntarme si lo habrían encontrado con los pantalones bajos.

También el abuelo de Massimo había muerto “con solo cincuenta y tres años”, como había destacado aquella mañana el párroco de Aggius, durante la misa fúnebre. Nadie se movió, pero en ese momento todas las miradas se volvieron hacia los hermanos Sanna: entre ellos, Massimo sería el primero en alcanzar los cincuenta y tres años, aunque todavía faltaban veinte años.

Se volvió hacia mí estirando la boca en una mueca que podía ser una pequeña sonrisa y, desde el banco derecho, observé el movimiento de axila que hacemos nosotros los hombres cuando nos tocamos los testículos.

Nunca he sido supersticioso: ese gesto era en beneficio mío, para minimizar una situación que, en realidad, era dramática sobre todo para él. Ese es el modo de Massimo.

Esa noche, en la cola del taxi, repasaba la extraña jornada que había vivido, la vigilia nocturna, todo excepto Sara. No la veía desde hacía dieciséis años. Soñaba con encontrarla desde el día en que me había dejado y fantaseaba con que sería en uno de mis conciertos: habría levantado la vista después de un solo perfecto y ella estaría allí.

No me había esperado nunca reencontrarla en ese aeropuerto gris, en una noche lluviosa. Sin embargo, lo que nunca habría podido imaginarme no fue lo que sucedió —eso estaba escrito—, sino lo que pasó trece años después. Si alguien me lo hubiera anticipado, me le habría reído en la cara.

En cambio, ella parecía saberlo todo, como si me estuviera esperando.

Traté de no llorar cuando me dejó. En el jardín de su tío, en Marina di Pietrasanta, había aparecido un viejo 127 blanco, con el baúl y las ventanillas abiertos de par en par: había llegado la madre de Sara para llevarla de nuevo a su casa en Génova. La oí dentro del chalé amarillo: “¿Dónde pongo la arena del gatoooo?”. Sara era huésped de la hermana rica de su madre, Marta, esposa del doctor Bonfanti.

Ese día llegué a la casa de ellos sin aliento, corriendo para saludar a Sara, que se iba, justo cuando el doctor salía por el portoncito del jardín con una caja grande en brazos. Yo había ido a enfrentarlo y, por primera vez, él me había sonreído. Le dije algo como “disculpas, buen día, buenas tardes...”, pero se alejó sin responderme y casi sin verme.

Después, la cantidad de veces que pensé en esa tarde, preguntándome qué podría haber dicho o hecho para convencer a Sara de no dejarme; me pregunté dónde estaría en ese momento el doctor Bonfanti y

qué había dentro de la caja. A menudo Bonfanti venía a la playa solo, al atardecer, vestido de una forma que a mí, acostumbrado a las camisetas deformadas de mis padres, me parecía de una elegancia inconcebible: camisa azul, pantalones claros de lino, zapatillas deportivas Superga blancas y sombrero panamá en la cabeza. Descendía a lo largo de la pasarela de Bagno Vela y el bañero se apuraba a llevarle a la carpa, la primera frente al mar, una hielera con una botella y dos vasos dentro del hielo. Su esposa Marta bebía con él, fumando cigarrillos rubios, hasta que el sol se ponía en el mar. Por aquellos años, ese aperitivo al atardecer era un hábito excéntrico, un lujo transgresor que me provocaba una gran admiración.

A menudo Sara no cenaba: le bastaba con las aceitunas y los pedacitos de hogaza de pan de la mañana que acompañaban el aperitivo del doctor. Si todavía tenía hambre, a veces agarraba por su cuenta un helado del freezer. Bagno Vela era su segunda casa o, mejor dicho, la primera: permanecía en la playa hasta el último rayo de luz, con la ropa todavía húmeda de miles de baños en el mar.

Ni bien terminaba de comer con mi abuela, tomaba la bicicleta y me precipitaba a buscarla. La encontraba duchándose al aire libre, sola, en la semioscuridad, o sentada de piernas cruzadas a la orilla del mar, de espalda a las olas, absorta observando los perfiles de los Apuanos, que se vuelven violetas y, luego, desaparecen en la oscuridad.

Sara siempre ha amado la naturaleza y es la única cosa en la que no ha cambiado, pero con el tiempo comprendí que el suyo es un amor obsesivo, extremo. Como si en las puestas del sol, en los cielos, entre las nubes, buscara el absoluto que los humanos no pueden darle. Entonces, no me daba cuenta, pero Sara siempre ha estado obstinadamente a la búsqueda de algo, como si la vida por sí sola no le bastara.

Ese domingo por la tarde, mientras su madre continuaba gritando preguntas a las que nadie respondía y nosotros corríamos tras el gato, me dejó.

Me lo dijo así, como si fuera un detalle marginal, mientras agarraba a Nero y lo metía en la jaula: “Arno, no soy más tu chica”.

Había ido a sentarme debajo de uno de los cuatro pinos en el fondo del jardín, con la espalda apoyada en el tronco, los codos apoyados sobre las rodillas y los puños bajo el mentón. Debí sostenerme para no temblar o desmayarme. El tronco me lastimaba la espalda desnuda y transpirada, y las agujas de los pinos secos me pinchaban a través del traje de baño, pero no era nada comparado con el mal que sentía adentro: por primera vez en mi vida entendía el significado de la expresión “tener el corazón destrozado”.

Sara se reunió conmigo y se acurrucó en frente de mí con una piña en la mano. “Cierra los ojos, huele”, me dijo acercándomela a las narinas. Primero, sentí el perfume de la resina y, luego, la presión de un beso

sobre cada párpado. Nos llevó una eternidad pasar de un párpado al otro. Muy incómodo, sentí crecer una erección imposible de ocultar en el traje de baño y decidí no abrir los ojos nunca más. Con el corazón que me estallaba y el pitito que hacía fuerza, logré decirle tan solo: “¿Por qué ya no quieres que estemos juntos?”.

Teníamos quince años y yo era el único del grupo que no tenía ciclomotor, pero ella me había elegido a mí ese verano. Era la muchacha más hermosa que hubiera vista nunca y estaba conmigo.

“Me gustan los amores infelices”, me había respondido. Me llevó treinta años entender que lo pensaba en serio.

¿Qué hora será? Tengo sueño, es tempranísimo, qué dolor de cabeza, ese amaro de mierda, no debería haberlo aceptado. ¿Dónde está Sara? Se habrá levantado al alba; así hace cuando discutimos: no duermo. Está oscuro; el portero está arrastrando fuera del patio los tachos de la basura, señal de que no son todavía las seis. No quiero mirar el reloj, quiero volver a dormirme. Serviría otra frazada, pero si me levanto, me despierto: ¿a qué hora encienden los radiadores, seis y media? Hace frío para ser solo noviembre.

Ayer por la noche no nos dijimos nada, no es que fuera necesario, pero logró arruinar la velada con una sola frase. En una época no le hacía caso, lo dejaba pasar, pero después de catorce años juntos, estoy perdiendo la paciencia. Estará en la cocina, de pie delante de la mesa, con su taza de café en la mano, hablando con Graffio. “Eres el más bueno de la familia”, la escuché decirle ayer por la mañana, mientras lo acariciaba con tanta fuerza que salían pelos volando por todas

partes. A Graffio, que no se llama así por casualidad.* Cuando yo no estoy, lo dejamos subir a la mesa y calentarse bajo la lámpara encendida. Si me levanto después de las ocho y ellos ya han salido, lo encuentro enroscado sobre el mantel, entre las migas y las tazas sucias de leche que no lavaron para no molestarme. Cuando escucha abrir la puerta de la cocina levanta el hocico, baja las orejas y finge que no me ve: sabe que no quiero que esté allí, donde comemos. Él sabe quién manda en la familia.

Nuestra habitación está separada de la cocina solo por un baño; si la noche anterior he tocado, no deben molestarme y tratan de hablar en voz baja. Los escuché lo mismo, si discuten en voz baja o se ríen irónicamente o se quejan con Sara: no se los diré nunca, pero, en realidad, el sonido de sus voces por la mañana me hace conciliar el sueño. Sobre todo porque sé que, cuando salgan todos, volveré a dormirme otras dos horas. Me gusta dormir.

En cambio, Sara se levanta siempre temprano, antes de que suene el despertador; jamás se despierta durante la noche, ni siquiera cuando está inquieta como lo estará hoy, verás. Ayer por la mañana, cuando entré en la cocina, lo primero que noté fue la manchita de sangre que se distinguía sobre el camisón blanco, justo bajo el trasero, pero no dije nada. Cada vez que le señalo una

* En italiano, el verbo *graffiare* quiere decir arañar. *Graffio* quiere decir “araño”. [N. de la T.]

mancha, un borde que sobresale, una etiqueta que se ve, reacciona como si se sintiera agredida. Yo agradezco cuando me advierten que tengo el cierre del pantalón abierto o alguna cosa entre los dientes; ella, en cambio, se lo toma como una crítica. Ahora ya lo sé y me censuro. Al igual que sobre tantas otras cosas.

La cocina es el ambiente más hermoso de nuestra casa; da a un ángulo interno del patio y el sol la ilumina desde el mediodía, cuando consigue salir de los cinco pisos del edificio. Mañana y tarde, incluso en verano, hay que encender una luz para no comer en penumbra y, ahora que es casi invierno, la luz está siempre prendida, para felicidad de Graffio, que dormiría todo el día bajo una de las lámparas: hizo falta colocar dos porque me gusta ver bien lo que está en el plato. No me gusta la penumbra y no soporto las velas.

Ayer por la mañana, Sara, de pie frente a la mesa, acariciaba el gato, con la taza en la mano izquierda y la manchita roja en el camisón visible como una alarma peligrosa. La abracé por atrás. Enderezó los hombros y estiró el cuello. Inclino la mejilla hacia mi boca y se me apoyó con la espalda: sentí la piel tibia dentro del algodón ligero y le pasé la mano bajo la garganta, apoyándole el codo en medio del pecho. Me gusta tenerla así. Si la aprieto desde atrás, entre mi ingle y sus caderas, hay un encastramiento perfecto.

Le susurré “buen día” al oído y ella me frotó la oreja contra la barba, como hace Graffio cuando se re-